



IÑAKI EZKERRA

Boyer resucitado

Miguel Boyer ha resucitado en la fiesta madrileña de FAES, la macrofundación del PP, pero no se acaba de entender muy bien en qué consiste esta resurrección, ni su porqué ni su para qué. Se sabe que es por deseo expreso de Aznar pero esto suena más a voluntarismo y caridad presidenciales que a un verdadero paso con criterio político. No es que el PP asuma Rumasa, ni mucho menos, sino que acoge en su seno a una oveja negra de la política española que en realidad tenía vocación de gris. Ésa es su tragedia, su explicación, su clave. Boyer ha dicho que comparte las ideas del PP al cincuenta por ciento, y ésta es toda una declaración solemne de grisura porcentual, una consagración al gris traducida a números. Es la afiliación ideológica de un contable pasado de rosca. Yo creo que Boyer también se declaró así a Isabel Preysler —«te quiero al cincuenta por ciento»—, y por eso la conquistó y la dejó rendida a sus pies. Yo creo que el propio Boyer existe sólo al cincuenta por ciento; que es el mismo cincuenta por ciento en persona, la encarnación en la Tierra de la mediana estadística llevada a la política, a la economía, al cambio de chaqueta y al amor.

Probablemente, ése es todo el secreto de Boyer: que lo suyo era la grisura y que la negrura le quedaba demasiado grande. La negrura es siempre heavy y exige de sus usuarios el cien por cien. Por esa razón, incluso esta resurrección de Boyer resulta como a medias, light, descafeinada, sosa, grisácea. Boyer ha resucitado en una fiesta de quinientas personas sin pena ni gloria, perdido entre ministros, azafatas y catedráticos con sus gafitas de miope, sus mangitos de la ventanilla socialista y las cuentas confusas de una expropiación que parecía que iba para histórica pero en la que hoy ya nadie cree porque quedó inexplicada. Boyer anda el hombre detenido en Rumasa, atrancado en el tiempo y haciendo números en horas extras de oficina, atascado en una revolución que nunca llegó por eso, porque le venía demasiado grande y de pronto comenzó a contradecirse, a enredarse con las cifras y a trastabillar.

Miguel Boyer ha tenido una resurrección gris, porque nunca estuvo muerto del todo o su muerte fue también gris en la prensa rosa. Las revistas del corazón lo han mantenido durante años en un coma mediático que más parecía de revista médica, y ahora resucita. Si te da por resucitar (cosa a la que nadie te obliga) es para traer al mundo un mensaje de salvación, una buena nueva, la revelación de un misterio, no sé, algo. No se resucita para nada. ¿Para qué ha resucitado Boyer en FAES?

El grano de lo fundamental y la paja de lo accesorio

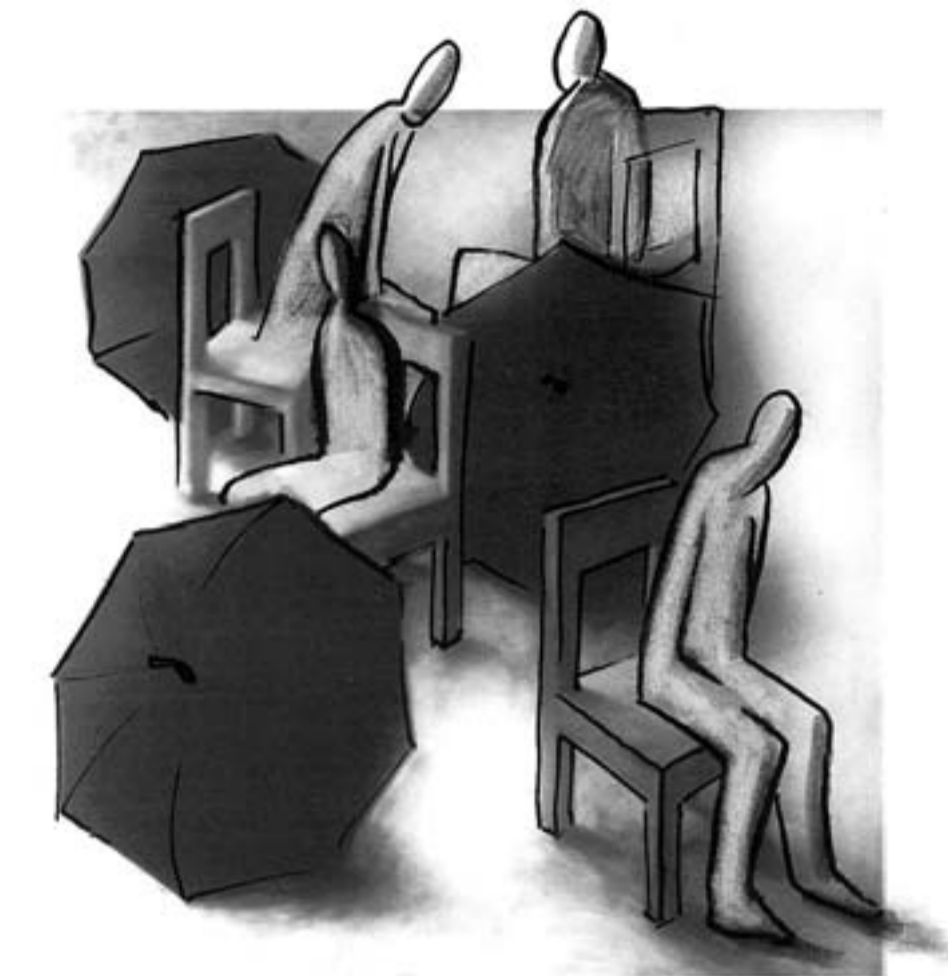
ITZIAR ASPURU, PEDRO LUIS ARIAS Y FABIÁN LAESPADA COMISIÓN PERMANENTE DE GESTO POR LA PAZ

En Gesto por la Paz estamos preocupados desde hace bastante tiempo por la falta de unidad en lo necesario, en lo imprescindible, en nuestro país: un acuerdo sólido político pero preparadista, capaz de concitar el apoyo inequívoco de todos los partidos que rechazan la violencia de finalidad política y capaz de hacerla frente sin fisuras, dentro del más estricto respeto del Estado de Derecho, tanto de los principios en los que éste se inspira como de su perfectible concreción actual. Para que la ciudadanía se sienta representada en un bloque compacto de contención al terror. Para que los asesinos y sus cómplices perciban con nitidez que por esa vía nada van a lograr y sí malograr. Para que quienes más han sufrido sientan que la clase política —y toda la ciudadanía— está empeñada en evitar más lágrimas inocentes. Para que la deslegitimación de la violencia no sea un brindis al sol sino un ejercicio real y eficaz. Esto es lo que veníamos a reclamar hace tres meses en un documento que presentamos a la sociedad y que entregamos en mano a todos los parlamentarios el 27 de septiembre pasado ('Llamada a la unidad a los partidos políticos sobre principios éticos y políticos básicos ante el problema de la violencia').

No deja de preocuparnos que ante nuestra llamada u otras similares cada cual haga coincidir el lugar donde debe construirse la unidad con sus propias posiciones, mirando críticamente al otro por no acercarse a la postura propia. Además, nos parece grave que se dude del rechazo o voluntad de acabar con la violencia del oponente, por sus posicionamientos políticos. La lucha antiterrorista, lejos de ser un lugar de encuentro, se ha convertido en un arma arrojada. Estamos convencidos de que existen propuestas de actuación que pueden ser compartidas: en la mejora de la seguridad y para facilitar la participación en las instituciones de quienes viven amenazados, en la educación para la paz de los jóvenes, en la solidaridad con las víctimas y en la deslegitimación de la violencia. Pero la dinámica ha sido escenificar la discrepancia total. En este sentido, aplaudimos la buena noticia de la voluntad de trabajo en común en la Ponencia de Víctimas del Parlamento y esperamos que suponga el inicio de un cambio hacia el encuentro contra la violencia terrorista.

El actual camino de crispación lleva a veces a equiparar la responsabilidad de ETA en la terrible situación que estamos viviendo con la de partidos democráticos, apoyándose en la opinión que nos merecen las propuestas de unos o la que merecen las respuestas a las propuestas de otros. Volvemos a repetir que ETA es la responsable de la situación de violencia que estamos viviendo. Y las críticas legítimas de unos a las legítimas propuestas de otros no pueden hacérsenoslo olvidar.

Ante una situación en la que continúa el desencuentro profundo entre quienes recetan que sólo el cambio traerá la aurora y quienes defienden que ésta sólo llegará permaniendo impasible el además, creemos necesario defender que el desbloqueo de la coyuntura presente sólo llegará de la mano de la reconstrucción de un consenso básico que sea honesto con quiénes somos, con cómo nos percibimos y con lo que queramos ser. No para aceptar que todo vale, sino para descubrir, en cada una de las posturas hoy enfrentadas, aquello que realmente sirve como ingrediente para el futuro de todos. Ese consenso ético y político, anterior a la legítima diversidad de ideas y proyectos, deberá aceptar que de dónde venimos y hacia



JOSÉ IBARROLA

dónde caminamos no ha sido ni debe ser un simple ejercicio de equilibrios y equidistancias, fruto de coyunturas electorales, sean del signo que sean. El suelo que un día pisamos y, aún hoy, pese a sus grietas, nos sostiene y el que nos deberá soportar mañana sólo resultará fértil si, más allá de fórmulas de ingeniería política, es fruto de sumar principios irrenunciables, como el derecho a la vida, con actitudes que busquen construir una convivencia inclusiva en la que quepamos todos y sólo se autoexcluya el fanático que pretende imponer su proyecto particular.

Para esta tarea no basta con conseguir para el molino propio un caudal algo mayor que el que alimenta al ajeno. Sólo desde un proceso de integración que acepte la necesidad de equilibrios entre identidades y sensibilidades ello será posible. Los resultados de un futuro proceso electoral no servirán para caminar en la dirección deseable si no se acepta que los elementos básicos que definen nuestra convivencia, más allá de los derechos humanos fundamentales, han de ser necesariamente mestizos, pues así es nuestra sociedad, no como condena alienante, sino como oportunidad de mayor riqueza cultural y social.

Desde esta perspectiva nos parece oportuno valorar las propuestas que se presentan para construir el futuro de nuestra sociedad y las respuestas que han recibido. Creemos que todas las propuestas debieran ser seriamente debatidas y respondidas desde el diálogo. Desde nuestro punto de vista, estas propuestas, si no elevan a la categoría de innegociable lo que son alternativas discutibles o marcos actuales modificables, si nacen con un esfuerzo previo que ha buscado apoyos lo más amplios posibles, si se abren de verdad a ser contaminados positivamente por otras ideas, si son exquisitamente

consecuentes con la necesaria deslegitimación política de la violencia,... abrirán grietas, aunque sean pequeñas, en el muro de desencuentro actual que sólo beneficia a los fanáticos y a los violentos. Si, por el contrario, sacralizan posiciones contingentes, si pretenden imponerse con mayor o menor sutileza, si pretenden que su propuesta es la única capaz de acercar la paz, si no tienen en cuenta la falta de libertad de las personas amenazadas, si afirman que la paz tiene un precio, y con ello insultan la memoria y el dolor de las víctimas y de tantos ciudadanos que siempre nos hemos negado a pagar peaje alguno por el terror; si le dan a ETA el poder de decirnos cuándo podemos hablar de nuestra futuro, si no aceptan la legitimidad de la ideología del adversario, siempre que ésta respete los derechos humanos fundamentales y sea democrática,... cavarán trincheras aún más hondas y fracturarán de manera creciente nuestra sociedad.

El reto de todas las personas y organizaciones de la sociedad vasca, y en especial de nuestra clase política, es combinar firmeza en la defensa de lo fundamental: la vida y la libertad de quienes hoy las tienen amenazadas por ETA y sus cómplices y los principios básicos de la convivencia ciudadana democrática, con la flexibilidad necesaria para renunciar a parte de las propias convicciones o deseos para posibilitar la convivencia, si no de todos, al menos de los más, con la vocación de que el porcentaje de los que se sientan incluidos crezca. Con negativas al diálogo, monólogos autistas o disfrazados de falsos diálogos, en el mejor de los casos, seguiremos en el fango donde nos revolvemos desde hace tiempo o, incluso, nos hundiremos un poco más en ese mismo lodo. Con un diálogo que necesariamente será limitado, contingente, cabe confiar en no continuar dando vueltas a una noria que trabaja en una acequia que hace tiempo quedó seca.